

CUADERNOS
DE HORIZONTE

*Variaciones
sobre Budapest*

SERGI BELLVER

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 12

© de los textos: Sergi Bellver, 2017, 2024

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, SLU, 2024
Todos los derechos reservados.

Primera edición: octubre, 2017

Segunda edición: diciembre, 2018

Primera edición en este formato: septiembre, 2024

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES
C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-127475-7-7

THEMA: WTL, 1DTH | Depósito Legal: M-13991-2024

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima
proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley.

*Variaciones
sobre Budapest*

PRÓLOGO. PARTITURA INACABADA ... 9

I. CONCIERTO DE ÓBUDA ... 17

II. LA CIUDAD AFINADA ... 67

KÖSZÖNÖM ... 133

MIS LECTURAS ... 135

PRÓLOGO
PARTITURA INACABADA

Quizá la esencia de una ciudad, una prosa o una melodía no lleguen a cambiar nunca, aunque a veces el mundo se empeñe en ponerlas a prueba. Como si estas *Variaciones* fueran la partitura de una sonata, a menudo he fantaseado con sumarle un tercer movimiento —y su viaje—, regresar a Budapest y volver a escribir sobre un lugar que, a pesar de haberle dedicado este cuaderno, algún artículo en los medios y dos versiones de una novela —tanto me cambió la ciudad que incluso me hizo escribir por primera vez en mi otra lengua materna—, todavía me sugiere nuevos paseos, extravíos y relatos.

Aunque hace demasiado tiempo que no me siento en la comba metálica del Puente de la Libertad para ver pasar la vida y el Danubio frente a mí, sé que algunas cosas sí han cambiado a sus orillas, para bien o para mal. El pájaro cuco del turismo ocupa y erosiona cada día un poco más el nido central de la ciudad, pero también se han abierto o renovado espacios que, como la impresionante Casa de la Música entre las arboledas

de Városliget o la mejor experiencia del peatón en el Puente de las Cadenas, añaden atractivos a la visita. El contraste es aún mayor, sin embargo, entre las cosas que no han cambiado en Budapest: su carisma y su magia parecen inmunes al oscuro signo de estos tiempos, aunque esa misma inercia perversa ha impedido la apertura política que prometían aquellas marchas cívicas que presencié en la primavera de 2017. Con una nueva-vieja guerra en la vecina Ucrania —ante la que las relaciones del gobierno magiar con el sempiterno enemigo ruso han dado un inquietante giro—, y con una polarización entre populismos que se revela ya global, Hungría se mantiene en una posición incómoda para los valores que debieran regir siempre la Unión Europea, experta en mirar para otro lado cuando le conviene.

Desde la distancia, en estos siete años he podido profundizar aún más en la monumental narrativa húngara, gracias a una fecunda conversación con los muertos —pienso en Ferenc Karinthy, Elaine Polcz o Lajos Zilahy— y a nuevas lecturas de quienes, a mi juicio —y con permiso de László Darvasi, György Spiró, Gábor Schein o, sobre todo, Attila Bartis—, son sus dos autores vivos más importantes: László Krasznahorkai, que se mantiene en plena forma tras cuatro décadas de intensidad creativa, y el veterano Ádám

Bodor, de quien pude catar en francés su novela más reciente, *Los pájaros de Verhovina*, mientras me documentaba en París e imaginaba al protagonista de mi novela, un exiliado húngaro a orillas del Sena durante los peores años de la Guerra Fría. Más tarde, encontré también la versión francesa de *Escuela en la frontera*, el libro de Géza Ottlik que llevaba años buscando y del que desde 2013 se promete una traducción al español que, quién sabe si por algún heredero indeciso o cualquier maldición transilvana, nunca termina de llegar. Cuando estaba a punto de regresar en febrero de mi último viaje a México me enteré, aunque demasiado tarde como para buscarla, de que circulan allí algunos ejemplares de la traducción que ya publicó Grijalbo en 1975. Por otra parte, siempre que he tenido ocasión de hacerlo por escrito, he vuelto a citar, comentar y recomendar con fervor la novela *Los desposeídos*, de Szilárd Borbély, que tanto me marcó al escribir *Del silencio* y que, conforme pasan los años, me sigue dando motivos para considerarla una de las pocas y verdaderas obras maestras en lo que llevamos de siglo XXI.

De un modo u otro, este cuaderno y mis dos viajes a la capital de Hungría han permeado en mis libros posteriores, no sólo en esa primera novela, por razones obvias y tanto en castellano (2021) como en catalán (2024), sino también en *Gavia*

(2019), con el poema «Budapest en la aurora», y el ensayo autobiográfico *Blanco móvil* (2023), en el que dediqué algunas páginas a la crónica de lo que significó la ciudad en mi vocación literaria. Como puede leerse aún en estas *Variaciones*, «Yo era otro antes de Budapest», un hecho que, con el tiempo, se hace cada vez más nítido en mí como escritor. Lo que he preferido no cambiar desde entonces ha sido el libro que nos ocupa y, salvo por un par de correcciones además de este prólogo y la bibliografía actualizada, la presente edición del texto conserva el formato de la segunda.

12

Ya desde la primera, unos pocos lectores reaccionaron con extrañeza, pues tal vez esperaban una guía turística para sus vacaciones por el Danubio, pero otros muchos —gracias a ellos puedo escribir hoy estos párrafos— supieron tomar mis *Variaciones* como lo que son, una mirada muy personal sobre un lugar clave en la cultura europea y una apuesta por la literatura de viajes como género híbrido, a la altura de cualquier otra forma de expresión artística. Quizá por ello, una de las mejores «críticas literarias» que he recibido en mis once años de carrera me la regalaron las dos lectoras húngaras en español que menciono en los agradecimientos —dos mujeres ya mayores que asistieron a los avatares del

siglo XX en su país—, cuando, cada una por su lado, me escribieron para contarme que, entre las derivas y el tono íntimo de mi relato, este cuaderno refleja para ellas la esencia de Budapest. No se me ocurre mejor motivo para considerar esta partitura felizmente inacabada y sólo espero que otros lectores quieran añadir su propio movimiento —y su viaje— a la experiencia.

Madrid, primavera de 2024.

Existe un futuro del pasado, un devenir propio que lo transforma. Al igual que la realidad, también el yo que la vive y la contempla resulta ser plural. Al atravesar los lugares señalados en aquellas épicas crónicas de hace treinta años, se tiene la impresión de desgarrar sutiles paredes invisibles, estratos de realidades diversas, todavía presentes aunque no aprehensibles a simple vista, rayos infrarrojos o ultravioletas de la historia, imágenes e instantes que ahora ya no pueden impresionar una película pero que existen, que existen al igual que los electrones inalcanzables por la experiencia sensible.

CLAUDIO MAGRIS, *El Danubio*

I CONCIERTO DE ÓBUDA

Entre mis dos viajes a Budapest transcurrieron cinco estaciones, pero tuve la impresión de haberme ausentado durante solo un invierno, diría —sin mentir del todo— que con la intención de huir del peor frío, pues dejé la ciudad en la primera semana de diciembre, cuando las aguas del Danubio estaban a punto de congelarse, y regresé a mediados de marzo, mientras el río mudaba ya la piel, buscando la base de los puentes y las rocas de los muelles para deshacerse de las últimas escamas de hielo. Que entre esos dos viajes no mediara un invierno, sino otro año entero, me parece ahora algo difuso, una pausa entre dos notas o un duermevela entre una hora de la noche y la siguiente. De algún modo, mis dos estancias en Budapest resuenan en mi memoria emocional como una sola pieza o, cuando menos, pertenecen a la misma partitura: durante tres meses y a sabiendas de mi condición de forastero, con cada uno de mis movimientos y silencios jugué a ser un vecino más en la capital de Hungría.

Por esa especie de salto onírico entre una orilla del tiempo y la otra, por ese juego entre mi extranjería y mi papel elegido en esta función, y porque no soy músico —no querría ser otra cosa si me alcanzara el talento—, sino solo un nómada que observa y escucha, mi deseo de evocar Budapest ha cobrado forma en esta serie de variaciones sobre mi experiencia en la ciudad y sobre algunas de sus caras, voces y realidades, que durante doce semanas sí fueron vecinas a la mía. Si consigo que el lector, poco a poco y de un párrafo al otro, sienta que escucha esas voces de Budapest bajo una misma clave, no habré escrito en vano. Si le evito la pesadez de los ensayos —en todos los sentidos— y logro interpretar esta banda sonora como si le acompañara de fondo en un largo plano secuencia por la ciudad, habrá valido la pena el paseo.

La luz de mi primera mañana en Budapest es un halo de hojas amarillas que octubre, un foco ya sin calor, proyecta por la ventana sobre una cocina prestada en el distrito de Óbuda. Llegué anoche desde Viena, mi inesperado anfitrión me recogió en la estación de autobuses de Népliget y me llevó en su coche por el centro. Cruzamos el Puente de las Cadenas —*Széchenyi lánchíd* en húngaro, pero intentaré traducir nombres y

topónimos cuando sea posible, tenga sentido y no ofenda a nadie—, sorteamos el tráfico en la plaza —*tér*— Clark Ádám y avanzamos en dirección norte frente al Parlamento, iluminado y duplicado sobre la negrura del Duna —así llaman los húngaros a su tramo del río—. Sí, lo cierto es que entré en la ciudad por la puerta grande y solo faltaron los títulos de crédito de una de esas películas americanas empeñadas en abrir boca con los símbolos más reconocibles por el público, pero ya habrá tiempo para hablar de todos esos lugares, pues ahora lo importante es la luz de mi primera mañana en aquella cocina de un piso de la era socialista en el barrio de Óbuda. Porque es ahí donde empiezan de veras —y donde acabarán— nuestro plano secuencia de tres meses, este paseo en negro sobre blanco y mis variaciones a partir de un tema: Budapest, la ciudad más hermosa, carismática y genuina del Danubio.

Aunque todo viaje comience, en realidad, antes de llegar a nuestro destino, mientras imaginamos y proyectamos la experiencia, en este caso no tuve demasiado margen para planear mi primera vez en Hungría, pues fue la casualidad la que me trajo a Budapest, después de trabajar en otro libro durante medio verano en Alemania, pasar unos días en Praga y visitar a un amigo en Viena. La idea, repentina, era volver a encontrarme

con Katalin, una amiga y traductora húngara con la que conversaba a través de la red y a la que conocí en persona en Madrid, durante la Feria del Libro del año anterior, y que me había invitado desde entonces a su ciudad. Pero por un imprevisto de penúltima hora en la logística no pude alojarme en su casa y quedé en Népliget con Gábor, un amigo de su familia, que me ofreció pasar esos seis o siete días en su antiguo piso de soltero en Óbuda, un modesto apartamento en la segunda planta de un cubo de hormigón de los años setenta que permanecía desocupado la mayor parte del tiempo. Lo que no supe todavía aquella primera mañana, arrobado en la tibia luz que octubre vertía en la cocina y con el oído absorto en el hervor del agua para el té, era que Budapest estaba dispuesta a cambiar mi agenda por completo.

Que el viaje fuera más bien improvisado no quiere decir que uno llegara del todo virgen a la ciudad, pues Budapest formaba parte de mi imaginario personal, como supongo que debe de sucederle a quienes aún no la conocen pero han sabido de ella por la literatura, el cine o la música. Con todo, lo cierto es que, si uno se para a pensarlo, no abundan las referencias inmediatas a Hungría en el imaginario colectivo del ciudadano medio: vagas nociones y algunos personajes entre

el Imperio Austrohúngaro y la Guerra Fría; ciertas imágenes publicitarias de los baños termales de la capital; los nombres de un par de futbolistas de los años cincuenta y sesenta —Puskás y Kubala, claro—; tal vez los compositores Bartók y Liszt; y quizá, siendo muy optimistas, algún libro de Sándor Márai o Imre Kertész —los húngaros utilizan siempre el apellido en primer lugar, hasta en sus relaciones sociales más cotidianas, por lo que dirían Márai Sándor o Kertész Imre, pero escribiré los nombres propios como los conocemos fuera del país, en el que, de nuevo, espero no ofender a nadie—; por no hablar de ese plato de la gastronomía húngara cuyo nombre confunden algunos con los campos de trabajos forzados de Stalin en Siberia. Lo bueno, no obstante, de que los tópicos y clichés sobre Hungría no sean demasiado abundantes es que, a poco que uno atienda a lo que le rodea, todo viaje al país y, en especial, a su capital, promete el placer del descubrimiento y la posibilidad de la sorpresa.

En mi caso y por mi oficio, además de todos esos fognazos superficiales, traía en mente a unos cuantos escritores más, aunque con el tiempo iba a darme cuenta de que ni siquiera había empezado a hacer pie en el inmenso caudal de la narrativa húngara. Ficción aparte, apenas conocía literatura de viajes sobre Budapest —escasa, al

menos la traducida al castellano— y solo había podido seguir los pasos de otros dos viajeros en la ciudad. El primero de ellos, el londinense Patrick Leigh Fermor, quien de muy joven disfrutó de unos días felices en una capital que, en 1934, se mostraba vibrante y hedonista, mientras Hungría no imaginaba lo que, pocos años más tarde, iba a desencadenar en Europa su inevitable aliada natural, Alemania. Fermor, ya adulto, hizo memoria, añadió todo lo aprendido en su oficio de eterno caminante y narró su vivencia en el libro *Entre los bosques y el agua*, continuación de un clásico contemporáneo del género, el maravilloso *El tiempo de los regalos*. Pero mi referencia principal era, sin duda, *El Danubio*, del triestino Claudio Magris, un extenso y erudito recorrido por la gran arteria de Europa Central que, sin dedicarle demasiadas páginas a Budapest, me bastó para establecer una suerte de marco cultural sobre el que encajar mi propia experiencia y, con el tiempo, comparar el presente de la ciudad con varias capas superpuestas de su pasado hasta, de algún modo, percibir el efecto de su transparencia al contemplarlas en conjunto. En pocos países como en Hungría y en pocas ciudades como en Budapest siente uno las cicatrices —a veces mudas y a veces elocuentes, según decida leerlas e interpretarlas— de la Historia. También la relectura de Magris me

hizo recordar mi propia noción del viaje y de la narrativa —con o sin ficción—, donde el «yo» cambia de cualquier modo, en el viaje por la experiencia transformadora y en la narrativa por el deseo de otredad. A menudo pienso que por eso el viaje y la literatura han llegado a ser mis dos grandes pasiones, porque a través de ellas juego a ensayar una vida distinta —¿cómo hubiera sido mi camino de haber nacido en Budapest, también en 1971 pero al otro lado del Telón de Acero? ¿Recibiría en mi piso de la era socialista a un escritor y nómada español? ¿Qué sabría de su país más allá de los tópicos?—, a mudar la piel y a ser un vecino más en cualquier otra calle del mundo o del tiempo.

23

Termino de beberme el té, merodeo por el apartamento como un gato que buscara donde ovillarse —todo parece haberse detenido en el pasado: los muebles, las fotografías, las canalizaciones a la vista en las paredes y hasta una colección de vinilos hablan de la vida a este lado del mapa en los años ochenta— y decido que mi estudio en Óbuda, mi espacio de trabajo, será precisamente la cocina. No hay mejor luz ni silencio más puro en la casa, ni metáfora más cierta y humilde de la escritura, con la sal justa y a fuego lento. Vacío la mesa, dejo sobre ella un cuenco que luego, en

cuanto haya bajado a hacer mi primera compra, pienso utilizar como frutero, y enciendo mi portátil. No hay red disponible, así que echo mano de mis archivos y empiezan a sonar las *Variaciones Goldberg*. Las notas de Bach en el aire en reposo de la cocina y la percusión de mis primeras notas sobre el teclado se mezclan con el arrullo gutural de Glenn Gould hasta hacerme olvidar que es mi primer día en la ciudad. Un rato después, cuando salgo a la calle y comienzo a caminar entre los bloques de hormigón y la jarapa de hojarasca de los parques, siento cómo las primeras voces de Budapest me susurran que no he venido aquí para marcharme en seis o siete días y que algo está a punto de cambiar.

En vez de redundar en los lugares ya comunes del debate entre lo que significa ser turista o viajero, prefiero atender al sentido de cada viaje, pues he llegado a verme a mí mismo como una cosa u otra según el día y en cada destino. Unas veces, porque no puedo sacudirme la etiqueta que me asigna lo que me rodea —¿se puede considerar alguien viajero cuando hace cola entre decenas de turistas para embarcar en un avión o entrar en un museo?—, y otras, precisamente, porque me rebelo contra esa inercia e intento mantener intacta la curiosidad y la capacidad de asombro

—es decir, la mirada aparte del prisma general—, incluso en mitad de cada corriente turística o a la contra. Por eso, sé que tengo un viaje entre manos cuando su sentido me habla de alguna clase de cambio en mi interior. No me basta con intentar pasar desapercibido, un juego divertido en sí mismo cuando los rasgos lo permiten —difícil para un tipo mediterráneo llegar a mimetizarse de veras entre las multitudes de Nairobi, Tokio o Nueva Delhi, imagino—, y que en Budapest me resultó bastante sencillo —como suele sucederme, mi actitud al caminar hacía que otros turistas me preguntaran a menudo por cualquier calle, y solo al hablarles se daban cuenta de que aquel paseante despreocupado no era húngaro—, ni desde luego pierdo demasiado tiempo en buscar lo excéntrico en cada destino solo por ese afán de distinguirse que exhiben tantos coleccionistas de instantáneas insólitas y demás medallas bizarras. Para mí, viajar tiene que ver con estar dispuesto a extraviarse, a renunciar a un plan, a no cerrar el círculo previsto y, a menudo, con hacer algo en lo que no pensabas al salir de casa. Y yo, que había llegado para visitar a una amiga, pasar unos pocos días en Budapest —sin billete de vuelta, eso sí, pero solo unos días— y reflexionar sobre una vaga idea para una historia —una novela, tal vez— que había tenido en Praga dos semanas antes, me encontré de repente

sopesando la posibilidad de quedarme todo lo que fuera posible en la ciudad. Eso fue, desde luego, lo que el rumor del Danubio convirtió en un murmullo en mi cabeza durante mi primer paseo por su orilla occidental, la de Buda.

Tomo el vetusto HÉV —*Helyiérdekű Vasút*, «ferrocarril de interés local»— que viene desde Szentendre en el apeadero de Filatorigát. Mientras desciende a lo largo de la orilla, veo pasar como un borron parduco las copas de los árboles de la isla de Óbuda y, antes de que el tren se oculte bajo tierra en las últimas estaciones, no me siento extranjero por mis rasgos, sino por ser el único pasajero que sonrío en un vagón atestado. Llego a la plaza Batthyány, salgo al paseo junto al río y contemplo por fin con demora, de orilla a orilla, el edificio del Parlamento, ahora blanquecino y con los detalles un tanto difuminados por el sol del mediodía: la noche anterior, desde el coche de Gábor y en marcha, me había parecido un arcón de fino alabastro labrado en el que hubieran metido la luz de varias lunas. A lo lejos, río arriba, veo deslizarse las anguilas amarillas de los tranvías de un lado al otro del puente Margarita —*Margit híd*— y así, entregado sin reservas ni complejos a las primeras referencias involuntarias del imaginario previo, suenan en mi mente los violines

de Joseph Szigeti y su maestro, Jenő Hubay. Para un europeo occidental, equivocado o no, esa música conserva una brizna de sabor zíngaro o un hálito de misterio oriental que se diluyen en la atmósfera de Budapest —lugar de mestizaje, a veces a su pesar—. Entonces la ciudad le parece, entre otras cosas, una suerte de ensayo de la frontera entre Europa y Asia que, más al este, interpreta la geografía en Estambul. La reminiscencia no es casual, pues al repasar la historia del país uno entiende como casi inevitable que el Imperio Otomano aprovechara la llanura húngara para expandirse hacia el oeste, como lo hicieron antes otros pueblos de Asia Central y, antes que ellos, hace mil años y desde los Urales, los propios magiares. Las colinas de Buda en la orilla occidental del Danubio y, del otro lado, la vasta extensión del horizonte más allá de Pest, refuerzan esta impresión de frontera natural, y así lo entendió también otro imperio cuando los romanos dispusieron sus fortificaciones a partir de Aquincum y a lo largo del margen izquierdo de la curva del gran río, como si allí acabara su civilización y más allá, desde algún lugar entre los anchos páramos, los bárbaros se mantuvieran al acecho. La primera vez que divisé la linde de aquella inmensa llanura desde lo alto de Buda, intenté imaginar la sensación de los antiguos vigías